

GRITO, “¡VIOLENCIA!”

Craig Keen

I

¡Qué exquisita es la elocuencia de Job! ¡Qué elocuente es esta oración de una palabra! ¡Cuán exquisitamente da la voz a la pasión de este mundo! ¡Cuán exquisito es el dolor de donde surge! Beirut, Ruanda, Kosovo, Ciudad de Nueva York, Wounded Knee, Auschwitz, Hiroshima, Hanoi, Bagdad. Campamentos de la muerte, Campos de Matanza, Gulag, Las Torres Gemelas de Nueva York, Esclavitud, Terrorismo, Purificación étnica, Destino Manifiesto, Raza Maestra, El Pueblo Escogido de Dios, Jihad, Cruzada. Job no es pesimista. El suyo no es el obscuro aburrimiento de los que están cómodamente desilusionados y aburridos del mundo. La suya no es la conclusión de alguna encuesta cuidadosamente especuladora que al fin de cuentas no puede balancear las cuentas del placer y el dolor. Ni es esto un fallo de nervio, ni un fallo del aguante, ni un fallo del permitir que mañana sea otro día, ni un fallo del volver a empezar, un fallo, un fallo, un fallo. El aliento que expresa esta palabra es casi un estertor agónico; la vida aquí se está extinguiendo. “Aunque grito, ¡Violencia!, no hallo respuesta; aunque pido ayuda, no se me hace justicia” (Job 19:7). Estas son las palabras de un ser humano de sangre y hueso, una vida frágil, una vida sitiada, una vida que, desplomándose cae en la oscuridad irremediable y la muerte.

II

El Oeste tiene preferencias. En cierto sentido siempre ha preferido *la presencia*. Estamos vivos, activos y efectivos en el presente. En verdad, el fenómeno occidental, “la modernidad” ha sido particularmente intrigada por las implicaciones del ahora y aún toma su nombre del latín *modo*.

Sin embargo, en otro sentido, es al pasado que el occidente da prioridad. El mundo occidental piensa del presente y del futuro como habiendo surgido de los principios (*los archai*) que estuvieron allí desde el principio (*el arche*). Lo nuevo, por fresco que parezca ser, es al fin de cuentas otra instancia de lo viejo. El occidente piensa en términos de constancia fundamental; eso es, piensa como si estuviera mirando hacia atrás sobre el hombro. Aun cuando usa vocablos dinámicos, está convencido de que rige un *élan*, un eros, un ímpetu, una inercia en la cual y por la cual todo se mueve. El tiempo ocurre al ser impulsados el presente y el futuro del pasado.

Pero en otro sentido el occidente moderno ama más que nada el futuro y la prospectiva del progreso. El occidente piensa que mañana excede a hoy; es más claro que hoy; es mejor que hoy. Pero el progreso ocurre aquí solo si aprovechamos las oportunidades explotables; solo si procedemos decisivamente, solo si desafiamos las incertidumbres de lo que todavía es indefinido.

Así, el pasado y el presente y el futuro todos son de una pieza para el occidente. Las mismas fuerzas que movían entre las estrellas hace miles de millones de años, son todavía, las fuerzas que pulsan dentro de nuestros avances. En el occidente el presente se lanza hacia el futuro desde un pie en el pasado. Nos lanzamos hacia lo que nunca se sondeó antes, pero

nosotros lo hacemos como un presente de un pasado a un futuro; un movimiento de una pieza.

III

Pero, ¿ es así que ocurre la vida humana? ¿ es así como es temporal ? ¿ como es oportuna? Aunque sí pudiéramos decir que el pasado y el presente fueran claros para nosotros (y ¿ de veras podemos decir esto?) ¿ podríamos aun entonces hablar con certidumbre sobre el futuro? ¿ Qué es lo que debemos decir sobre nuestro futuro? ¿ Puede un ser humano proclamarse dueño de él? ¿ Puede un humano conseguirse? En verdad, ¿ a dónde vamos para hallarlo? ¿ En dónde es vulnerable a nuestro asalto? ¿ Sobre qué descansa? Y ¿ es que descansa?

IV

La historia de Jesús es una historia particularmente vinculada al tiempo. Así como otras historias, esta también tiene principio, medio y fin. Principia con su bautismo, o, con su nacimiento, o con su abolengo, o con su origen en Dios. Procede a través de casos de habla y de tacto; de sus acciones y de las acciones de otros hacia él.. Acaba con su muerte, una muerte sumamente violenta y vergonzosa, una muerte tan severa que a su historia le roba la esperanza, una muerte que torna su historia en la más desesperada y desastrosa tragedia. Cuando él muere su historia se acaba. Su identidad está fijada. Es como si todo el orden político, la totalidad del orden religioso, y el cielo de Dios completo le hubieran envuelto y le hubieran echado fuera; como si le hubieran hecho nada más que el pasado; hubieran tachado su historia. Por supuesto, nosotros sabemos que ocurre la resurrección de Jesús. Pero es de crítica importancia comprender que no ocurre en el agregar horas y días y semanas y años a la extensión de su vida, prolongando su historia. Es su historia en su totalidad que se aviva; de igual manera que es su historia en su totalidad la que muere en una cruz. La resurrección es un futuro que no podría haber surgido de este pasado. La resurrección es un futuro otorgado. La resurrección es la santificación transformadora, transfiguradora que vacía una tumba que en sí misma no pudiera más que permanecer el envase de lo muerto; sin Dios; lo desamparado. Y siendo así, la resurrección revienta, abriendo todo el orden político, todo el orden religioso, La totalidad del cielo de Dios y los revienta desde afuera como una incursión de la misma vida de lo santo. Esta es una santidad que supera toda estructura; toda potencia; todo orden. Es una santidad que salva, que santifica, que hace sagrado, que libera, que aviva aun a aquel que se encuentra tragado por la más profunda desesperanza. Esta es una santidad que es un amor insondable para con el prójimo.

V

La historia de Jesús habla con Job y dice tanto “No.” como “Sí.”; “no” a la desesperación en la que él está cayendo, y un “sí” a todo lo que él es y ha sido. La historia de Jesús dice el mismo “sí” y “no” a la modernidad desesperanzada. Y le llama, también a volverse de su desesperación a un futuro que solo viene y nunca puede ser forzado.